

EL NAHUAL ERRANTE



L'AMOUR POURRI

Número 6
El Nahual Errante

EL NAHUAL ERRANTE

EL ARTE DE LA TRANSFORMACIÓN Y EL MIEDO



arkahno13
illustration

Título: El Nahual Errante #6 - L'amour pourri

Fecha de publicación: 14/02/22

Diseño: Belem Medina

Consejo Editorial: Carolina Daza, Leonora Montejano, Miguel Diaz

Portada: Arkahno

Playlist: Arely Fuentes

Contacto: elnahualerrante@gmail.com

Página: <https://elnahualerrante.com>

El copyright de las imágenes pertenece a sus respectivos autores y/o productoras/distribuidoras.

CONTENIDO

CARTA EDITORIAL

L'AMOUR POURRI 4

TEMA PRINCIPAL

SABER AMAR 6

TLATLAPANA

ONLY LOVERS LEFT ALIVE 10

ICNOCUICATL (CANTO TRISTE)

SOMETIMES LOVE'S BETTER OFF DEAD 12

NADIE TE AMARÁ JAMÁS 14

ANECDOTARIO

MÉNAGE À TROIS 16

AMOR SINIESTRO 18

EL VELO AZUCARADO 22

SASANILI O EL ARTE DE NARRAR

LOS NECROAMANTES 25

LATIDOS 31

BELLEZA NATURAL 33

DOLORES 37

SOY TU CRUZ 42

TODOS LOS PÁJAROS CAEN AL SUELO 45

LOS NAHUALES



L'amour Pourri

Para el amor queremos buscar sentido en lo predestinado, como si de un melodrama se tratase, pero yo lo veo más como la mala suerte: toparse por desgracia con los dos o tres años de la siguiente terapia. Mi madre bien me lo decía, “no voy a pagar terapias por el siguiente tropiezo amoroso, así que piénsalo bien”, pero yo nunca lo pensé muy bien y me dejé llevar, arrasando con todo a mi paso. El amor es un mundo fantástico y tétrico, depende de qué lado del show te toque mirar y, por eso, no podía quedar de lado como tema para el Nahual Errante.

¿Qué es el amor? Ya lo plantea Miguel Díaz como la eterna pregunta sin respuesta en su texto *Saber amar* con el que debuta como escritor de estas páginas. Los textos que componen este número van más enfocados en la reflexión en torno al mundo idílico del amor y las consecuencias después de despertar.

La portada, al igual que al monstruo de Frankenstein, es el conjunto de todo lo que termina podrido y unido. Busca en el amor la aceptación, pero sólo consigue inspirar la repulsión y el deseo de lo perverso. ¿Tan horrible es el amor?, ¿Quién podría siquiera intentar definirlo? Tal vez Mariana Enríquez se aproximó con *Las cosas que perdimos en el fuego* en los rostros quemados y desfigurados por “amor”.

La música, el cine y prácticamente cualquier creación humana habla sobre este florido sentimiento, así que las recomendaciones no se quedaron atrás y en la sección de cuentos, tenemos las distintas miradas de los colaborados y cómo el amor es también el medio para lo siniestro e insólito.

¿Ya tienes tu libro?
¿Tienes una gran idea y quieres escribirla?

Publica tu Libro

Fácil, rápido y seguro

Una editorial de escritores
para escritores...



Kreko Producción

Contacto:

5561127824

@krekoproduccion

@krekoproduccion



✓ Taller personalizado

✓ Acompañamiento

✓ Corrección de estilo

✓ Ilustración portada

✓ Ilustración interiores

✓ Diseño gráfico

✓ Diseño editorial

✓ Ejemplares en físico

✓ Ejemplar en digital

✓ Publicación

✓ Distribución

literatura que crece.



SABER AMAR

MIGUEL ÁNGEL DIAZ BARRIGA N.

¿Amor? ¿Qué es el amor? Ninguna pregunta me había causado tanto conflicto como esa. Cuando Yermein me la hizo trataba de ayudarme, lo sé, pero en realidad me había hecho caer en una espiral de pensamientos analíticos que no me llevaban a ningún lado.

Lo primero que se me vino a la mente, y me imagino que no soy el único, es que el amor es tener a alguien, pero no tardé mucho en darme cuenta que estaba en un error. Recuerdo que a Sofía la tuve y eso no había bastado. Ella había sido el primer amor en mi vida, o eso creí. La tuve. La tenía en una habitación a la que iba todo el tiempo que podía. Pero ella no dejaba de quejarse y de gritar, de llorar y de resistirse. Fue por eso que sabía que el amor no era tener a alguien. Sofía no parecía ser feliz ni parecía estar enamorada, y eso no te lo quería hacer a ti, no te quería ver sufrir, pues el llanto deformaría ese rostro tan hermoso, tal y como pasó con Sofía, que dejó de ser

bella. Gran parte de su virtud era su sonrisa, como la tuya.

Poco después supuse que se trataba de dar todo de mí a la persona que amo, pero resulta que también era un error. Eso lo supe por Raquel, esa joven alegre que poco a poco fue perdiendo la energía con cada regalo que le hacía. No entiendo cómo lo que a mí me llenaba de ánimo, a ella le generaba asco o miedo. Supuse que no se trataba de compartir mi pasión por la anatomía, tal vez debía compartir lo que me interesaba de su pasión. A Raquel le gustaba cantar, creí que enseñarle cómo funciona la voz con las cuerdas vocales y el diafragma le iba a gustar, nos uniría. En realidad, vomitó y pidió una orden de restricción contra mí. Compartir no es amar. La unión de su pasión y la mía no fue suficiente.

A ti no te quise asustar compartiendo lo que en realidad no te interesa, y no era tan importante para mí que tú lo hicie-

ras. Al final de cuentas yo quería amarte y que me amaras, sólo tenía que saber qué era amar para que esta vez sí funcionara. Por eso te amaba a escondidas, sin que lo supieras, para no estropearlo como antes. Te había visto por primera vez en esa obra de teatro en la que actuabas tan enamorada ¿Cómo podías estar tan enamorada? ¿Cómo estabas segura que era real? ¿Cómo sabías que estabas en lo correcto?

No me malinterpretes. Sé que era un personaje, una ficción, pero para actuar así de bien sé que lo debes de entender. Había algo en esa obra que no comprendía, así que comencé a ir cada presentación para verte actuar, para entender de qué se trataba. Cuando no pude dar con la razón decidí seguirte y saber si había algo en tu entorno, en tu vida cotidiana que me dijera cómo sabías eso.

Cuando te vi sufriendo por amor supe que no lo sabías. Pensé en que iba a decepcionarme, pero en su lugar me hizo apreciarte más como actriz, sin saber qué hacías aparentabas ser experta en los temas del amor. Decidí retrasar nuestro encuentro hasta estar plenamente seguro que te iba a dar el mejor amor de todos, de tenerte como tu personaje.

Estudié. Alguien importante dijo que el amar era una transacción, era dar y recibir. Me pregunté ¿Qué hay que dar? Caricias no, pues cada vez que acariciaba a alguien en la calle me gritaban o trataban de golpearme. En una ocasión me detuvieron en el transporte público. Yo daba caricias y recibía insultos.

Algún otro sabio dijo que era parte de la verdad, más mentira no puede haber. He sido sincero con todas, cada una de ellas, y en cambio me encontraba solo a causa de eso. Fue hasta que aprendí a mentir cuando pude tener una relación

más o menos estable: no soportaban mis opiniones reales, mis deseos, mis intenciones. Decía lo que querían escuchar, lo que decidían pensar y creer. Mientras más cumplía con su expectativa más me acercaba a como se supone que debía ser el amor. De hecho, cada vez que descubrían la verdad se alejaban de mí.

Entonces creí que el amor era cumplir con una expectativa, pero ¿Cuál? ¿La suya o la mía? Cuando intentaba que cumplieran con la mía me llamaron autoritario, machista y controlador. Cuando trataba de cumplir la suya era un hombre mentiroso y manipulador.

Yermein, un amigo cercano que conocí en los blogs de aquellos temas que me gustaban, se burló de mí cuando le conté.

—Estás confundiendo el amor con una relación de pareja. El amor es algo más grande que el cómo te comportas con una persona—. Cuando leí eso en su comentario la cabeza casi me explota. Yermein era un médico cirujano. Se especializaba en el corazón, así que algo debía saber del tema.

Durante días me puse a pensar en cómo han tratado el tema los grandes artistas y algo que me quedó claro era que, por alguna razón que no entendía, el corazón era un factor importante en esta ecuación. Siempre hay referencias a ese órgano vital. O tal vez era la sangre, no por nada el rojo es el color del amor, seguro corre por la sangre.

“Es algo más grande” ¿A qué se refería? Una vez más me sentía aturdido, ignorante y frustrado. Cada función a la que iba a verte me dolía, sabía que me estaba tardando en entenderlo y cada día que

pasaba sin hablarte era una herida. Se sentía...

Creo que fue en ese momento que lo entendí. El amor se siente y tal vez yo lo estaba pensando demasiado. Revisé todo sobre el tema y en eso coincidían todos. El amor se siente ¿Qué sentía yo por ti? Deseo, estaba claro, pero sé perfectamente que eso es un tema sexual, era otra cosa; pasión, lo entiendo como un elemento independiente, no necesariamente he amado algo que me apasiona; felicidad, no es así, me hace sufrir el mismo amor que siento por ti.

¿Qué es lo que más siento por ti? ¿Qué más necesitaba de ti? Bueno, te necesitaba a ti, eso estaba claro. Pero no se trata de tenerte como a Sofía, era algo más ¿Pertener? ¿Cuál es la diferencia? ¿Qué tendría que pasar para que no cometiera el mismo error que antes? Pertenencia: nunca he creído que te debía tratar como una propiedad, no eres un objeto. Cuando se trata de una persona “pertenecer” es algo distinto, aunque no sabía cómo. Solo sabía que quería ser parte de ti y que tú fueras parte de mí.

Recuerdo cuando tuve ese pensamiento: ser parte de ti y tu parte de mí. Estaba acostado sin poder dormir, pensándote como siempre, de madrugada. Miraba el techo y fue cuando lo entendí todo. Entendí el amor. Se trataba de ser parte, aquella idea tan trillada era verdad: amar, una relación con amor, era ser uno entre los dos.

Tomé mi *laptop* y sin problemas contacté a Yermeyn en el blog de la *deepweb*. Él parecía divertido con mi descubrimiento, pero accedió a ayudarme. En algún punto pensé en decírtelo, pero me di cuenta que no era necesario que lo supieras. Entendí que el amor era uni-

directional, y yo te amaba a ti, era suficiente.

Al final de cuentas se trataba del corazón, no sabes lo feliz que me hizo saber que éramos compatibles, tuve que entrar a escondidas a tu casa y robar tu sangre mientras dormías para saberlo.

No pasaron tantos días cuando fuimos por ti, el doctor me ayudó. La operación fue simple, nos quedamos dormidos y despertamos tiempo después. Yermeyn estaba a mi lado, sonriente, feliz de ser parte de este amor. Me dio instrucciones para cuidarte, cuidarnos— ¿Qué hago con el resto de ella?—Preguntó.

—Lo que quieras—. Contesté. Ahora estamos juntos, corres en mi sangre. Nos amamos al fin. Lo que me importaba era tu amor, y ya lo tengo. Nos amamos, con cada latido—No me interesa un cuerpo sin corazón—. Continué mientras miraba al espejo la herida en mi pecho.

—¿Y con tu corazón?

—Dáselo a alguien que necesite amar y no pueda.

ANTIERÓTICA

¿Te atreverías a dejarte seducir por la imaginación?

¿Dejarte llevar por los deseos y la fantasía de lo prohibido?

Déjate llevar hasta el fin,
hasta el clímax,
hasta la emoción
a través de estas palabras.

Una colección de cuentos eróticos de
Leonora Zea

De venta en:

**Amazon
Mercado Libre**

o al:

5561127824





ONLY LOVERS LEFT ALIVE

FLORENCIA FRAPP

Only lovers left alive¹ es una película del año 2013 del director estadounidense James Jarmusch en el que muestra la vida cotidiana de una pareja de vampiros poco convencional. El matrimonio formado por Eve (Tilda Swinton) y Adam (Tom Hiddleston) tiene una fuerte conexión a pesar de vivir a miles de kilómetros el uno del otro. Cuando Adam, clásico romántico de pensamientos suicidas, decide adquirir una bala de madera para quitarse la vida. Su esposa Eve, al notarlo deprimido, empaca sus libros favoritos y viaja a Detroit para darle el consuelo que necesita.

Los días transcurren con tranquilidad entre partidas de ajedrez y una vida bohemia hasta que la hermana menor de Eve, Ava, llega sin avisar. El comportamiento de Ava (Mia Wasikowska) es un tanto “arcaico” por lo que los enamora-

dos no se sienten cómodos con su llegada. Tras un incidente desafortunado, Adam echa a Ava de su casa y los amantes se ven en la necesidad de buscar refugio en Tánger (lugar donde vivía Eve) para encontrarse con una devastadora noticia que los lleva a la necesidad más antigua del vampiro: cazar.

Una película llena de referencias a escritores, músicos y científicos. Es interesante la visión del director al retratar tonos cálidos cuando se hace referencia a Eve y tonos fríos para Adam para dejar mucho más claras sus personalidades. Otro elemento que llama mucho la atención es la percepción de los entornos donde se desarrolla la historia, como si

¹ Jarmusch, J. (Director). (2013). Only lovers left alive. [Película; DVD]. Recorded Picture Company.



se tratase de un mundo decadente y desolado.

Solo los amantes sobreviven (traducción al español) parece una historia cualquiera de romance, pero lejos de lo cotidiano, retoma al vampiro y con ello la eternidad con la que debe lidiar. Cabe resaltar que en ningún momento se dice explícitamente que son vampiros, pero ninguno sale de día, compran sangre con la que se alimentan y con la que hacen paletas heladas, además de la eternidad que han compartido y las múltiples bodas que han vivido en las distintas eras de la humanidad. Este filme nos muestra otra cara del vampiro, el cual ha sido explotado hasta el cansancio en el séptimo arte, pero le da un poco de vida resucitando a uno de los monstruos más queridos del cine.



SOMETIMES LOVE'S

FLORENCIA FRAPP

Dentro de todos los géneros musicales hay canciones que hablan sobre crímenes cometidos “en nombre del amor”, ya sea que estén basadas en hechos reales o que sean sólo ficción. En la mayoría de los casos, dichos relatos muestran a hombres que le han arrebatado la vida al “ser amado”.

“En tinta y papel” de División Minúscula, además de amenazar con perseguir a la otra persona, habla de torturarla a lo Annie Wilkes: «*voy a romper tus tobillos y asumiré que la idea es mía y que no la vi en una película*»². Muchas personas piensan que amar es poseer y eso los lleva a tener esta idea errónea que dicta “si no es para mí, no será para nadie más”, como lo refleja Panda en el tema “So violento, so macabro”; en la que directamente declaran «*te tengo amor obse-*

sivo, un poco tétrico»³. Otro ejemplo de melodías que tratan sobre no querer que la otra persona sea feliz con alguien más es “You’re all I need” de Mötley Crüe, una historia sobre muerte escondida en una balada romántica, la cual crea una falsa expectativa sobre su contenido desde el título, ya que parece algo tierno y no es más que una canción sobre una relación enfermiza que termina en muerte y que, de manera certera, afirma «*sometimes love’s better off dead*»⁴.

Algo similar pasa en “*Where the wild roses grow*”, donde Nick Cave y Kylie Minogue interpretan una balada con una letra hermosa inspirada en la leyenda irlandesa de La rosa salvaje, la cual relata la clásica historia de amor a pri-

1 Mötley Crüe. (1987). You’re all I need. En *Girls, girls, girls* [Digital]. California, EE.UU.:Elektra Records.

2 División minúscula. (2006). Tinta y papel. En *Defecto perfecto* [CD]. Monterrey, México.:Sones del Mexside.

3 Panda. (2006). So violento so macabro. En *Amantes sunt amantes* [CD]. Monterrey, México.:Movic Records.

4 Mötley Crüe. (1987). *Ibid*



BETTER OFF DEAD

PERSONAL USE ONLY
For Copyright Clearance Center
www.copyright.com

mera vista que se torna rápidamente en una tragedia, ya que en realidad sólo es un cazador acechando a su presa. La historia está contada desde la perspectiva de ambos; en un verso Kylie canta: «*He showed me the roses and we kissed, and the last thing I heard was a muted word as he knelt above me with a rock in his fist*»⁵, en cambio, Nick Cave en la estrofa siguiente expresa «*And I kissed her goodbye, said, “all beauty must die” and I lent down and planted a rose between her teeth*»⁶. Pero el verdadero príncipe de las tinieblas no es el único que habla de belleza en una canción cuyo tópico principal es el asesinato, en “Helena”, The Misfits cantan: «*Incisions must be accurate, I know just what to do, my hands are trembling, I can’t spa-*

re to slip up with this knife. Her beauty so illogical»⁷.

Estos son sólo algunos ejemplos de música que habla de lo téticas que pueden ser las relaciones. No está mal escribir ni interpretar este tipo de temas, lo que está mal es empoderar a los autores de los delitos, utilizarlas como excusa para imitar esos sucesos atroces que, según algunos de los criminales, son actos de amor, cuando en realidad aluden a violencia de género, pero no lo ven porque lamentablemente es algo que está muy normalizado. Ahora que se vive una lucha constante en contra de este tipo de violencia ¿Kylie Minogue volvería a cantar este clásico de Nick Cave como hace dos décadas?

5 Nick Cave & the bad seeds. (1996). Where the wild roses grow. En *Murder ballads* [Digital]. Londres, Inglaterra.: Mute Records.

6 *Ibid*

7 The Misfits. (1999). Helena. En *Famous monster* [Digital]. EE.UU.:Roadrunner Records.



NADIE TE AMARÁ JAMÁS¹

ESCORIA MEDINA

Trágicos cuentos de amor, es el sexto álbum de Larva lanzado para San Valentín del 2017. Las letras que componen este álbum son el retrato de los tropiezos amorosos, y relaciones que muestran lo autodestructivo que puede llegar a ser el amor. Los 7 *tracks* que componen el disco físico y 9 en el digital, van con una especial dedicatoria y podemos apreciarlo en los títulos que llevan el nombre de ¿sus exparejas?

"Para Alejandro", es una de las letras que mayor fuerza emocional tiene, ya que muestra la lucha entre la personalidad explosiva y la pareja en negación con síndrome de súper héroe, acompañado del sexo adictivo: «No sé cómo evitar sentirme siempre mal. Por favor

aprende a amarme así» forma parte del estribillo (segundo párrafo) y en unas líneas nos deja ver lo complicado que puede ser aceptarse a sí mismo, pero más para la pareja que busca "arreglar" cuando posiblemente no hay nada que reparar.

La cereza del pastel se encuentra en el último *track* de este espléndido disco. "Para mí" es de las letras mejor logradas del disco ya que es una auto crítica que Peech hace a sí mismo en retrospectiva de sus relaciones pasadas. El vocalista de Larva muestra lo vulnerable que puede ser y los errores de cada relación fallida así como la fuerza que se necesita para levantarse de los fracasos amo-

1 Larva. (2017). Trágicos cuentos de amor. En *Para mí* [CD]. Ciudad de México.: Maldita Sea La Música

rosos.

Este disco se podía conseguir físicamente en una edición especial que venía en una caja de metal en forma de corazón, que dentro contenía, *stickers*, postales de la banda y una camiseta que se podía encontrar en tres colores que, en palabras de Peech, “*así como el amor no se escoge...*” Tampoco podías escoger el color de la camiseta.

El primer sencillo que desprendió este álbum fue “Para Ruy” que se acompañó de un video porno gay que relata la relación tóxica y violenta que desemboca en una orgía donde ambos personajes son consumidos por sus actos lascivos.

El video, con censura, se puede ver en YouTube.

El lanzamiento de este disco no quedó ahí y se lanzó un LP de nombre *Para Ruy* que además de los *remixes* se encuentran tres *tracks* de los cuales, dos, fueron escritos por Peech después de leer varias historias trágicas de sus fans. Dos fueron las seleccionadas y retratadas en: “Para Abel” y “Para Fernanda”. Pero este LP tiene algo muy especial ya que contiene “Para Jimmy”, el pitbull de Peech. Si esta rola no logra hacerte derramar, aunque sea una lagrimilla, por favor, arráncate el corazón que de nada te sirve.

Trágicos cuentos de amor es un tremendo disco para todas las relaciones tóxicas dañinas que nos han marcado dentro de la personalidad de cada uno.



1. Para Gustavo
2. Para Javier
3. Para Wilberth
4. Para Ruy
5. Para Erick
6. Para Alan
7. Para Cristian
8. Para Alejandro
9. Para Mí



Título-El espejo psíquico
Autor-Berthe Morisot
Año-1876

Ménage à trois

LINE DAZA

*“Tres cosas me tienen preso
de amores el corazón,
la bella Inés, el jamón,
y berenjenas con queso”.*

Baltasar del Alcázar

Desde siempre, la comida ha marcado un punto de reflexión en mi vida. El acto de comer es una forma de experimentar emociones, sensaciones; es un placer que me otorga orgasmos bucales o, por el contrario, provoca en mi gran displacer y aburrimiento. Por esta misma razón, los grandes hitos en mi vida se caracterizan por el tipo de comida que se sirvió en aquel momento, así como la forma en la que devoré.

Por ejemplo, mi niñez temprana sabe a verduras desabridas, a la sazón apurada de una madre soltera con dos hijas y un trabajo, sabe a experimentos veganos fallidos y a caldo de pollo. Por otro lado, en la pre-adolescencia, la cocina de mi abuela sabía a tradición, a experiencia,

a ama de casa relegada, a fastidio. No tenía importancia cuál me sirvieran, yo devoraba ambas con avidez.

A los catorce ya me consideraba una persona hambrienta. Hambrienta de conocimiento, de poder, de diversión, de risas, de sensaciones nuevas, de libros, pero en particular, de comida. Éramos ella y yo, dentro de una burbuja rosa, una relación monogámica perfecta llena de amor, confianza, de placer. Al inicio me hacía sentir completa, dichosa, pero con el paso del tiempo reveló su lado infernal.

Así, con el cóctel de hormonas, las caderas de las Nolasco, y claro, los atracones diarios, los estragos de mi relación perfecta se volvieron visibles. Poco a poco

renuncié a las ombligueras, los vestidos cortos, tacones o cualquier prenda reveladora, pero yo seguía enamorada e incapaz de ver magnitud del problema. No fue sino hasta que mi santa madre replicó: “Mejor te cambias, te ves un poco carnosa”, cuando supe, con certeza, que algo iba mal. El amor mutó en culpa, luego asco y finalmente en purga.

La purga, el tercer integrante de la ya de por sí enfermiza relación, hizo de las suyas por primera vez en mis veinte durante el final de semestre. No había obtenido las calificaciones esperadas, así que comí dos veces de todo en un buffet Chino, incluso postres de dudosa calidad. Durante las siguientes dos semanas tuve vómito y diarrea, con los que perdí, al menos, cinco kilos. De esta manera, descubrí las bondades de la purga, la cual manejaba una sensación de vacío excitante, una nueva forma de experimentar todo el placer sin la culpa, o eso creía.

Inmediatamente vino la segunda purga, y como en toda relación poliamorosa mediocre, mi antigua amante quedó en segundo plano. Tomé ventaja de mi presupuesto limitado, el material universitario, los libros, los pasajes, ropa, cigarros, esto me permitía costear mi nuevo cuerpo; pero el hambre, el hambre siempre estaba allí acechándome en cada instante. Muchas veces caí en tentación, en especial cuando mis amigos iban a almorzar. Los veía disfrutar sus alimentos, mientras que mi mente hacía los cálculos correspondientes para quemar todo esa basura. Opté por dejar de pasar tiempo con ellos.

El trío no funcionó, por supuesto. Mi amor hacia la comida se volvió repulsión, se transformó en una cifra, en un constante recordatorio del hambre,

del miedo, por lo que me refugié en la purga y sus frutos.

La tercera purga vino a los veintitrés, incluso a pesar que ya no podía culpar al estrés universitario por la inusual baja de peso, hallé otros caminos eficaces para seguir con el amorío: cardio, un empleo de tiempo completo, ayuno. En algún momento de esos años, mi madre me vio desnuda y comentó: “Pareces un perro parado”. Tiré una carcajada, apenas alcanzaba los 47 kg.

La burbuja me explotó en la cara en 2017, cuando el doctor dijo que mi sangre era más similar al agua, además el corazón podía dejar de latir de un momento a otro. Me conectaron a un par de intravenosas vitaminadas, me horroricé, cada paquete contenía alrededor de 1500 calorías, ya era imposible ignorar en lo que ese trío mortal me había convertido. Libré esa batalla, mas no la guerra. Hoy, estoy a años luz de hallar una salida del laberinto en que sigo luchando contra las intermitentes purgas, los atracones, las cuentas calóricas, las largas caminatas, las básculas, el lanugo, la gastritis crónica, pero sobre todo, la desesperación ante mi propio reflejo. No todo está perdido, la respuesta es clara: el juez, el verdugo y el prisionero, aquel mórbido trío, tienen mi rostro, en algún momento se volverán hacia mí con compasión.



Título-El Caballero y la muerte
Autor-Pedro de Camprobín
Año-1650

Amor Siniestro

DAVID OSNAYA

Hace unos días me visitó un amigo que tenía por lo menos un año que no veía. Con el paso de las horas mezcladas entre la brisa y un par de tragos las palabras comenzaron a aflojar un poco nuestras lenguas, y un poco más la verdad escondida dentro de nuestros pechos. La noche siguió, sus impertinencias eran muchas como sus modales pocos, sus comentarios eran como una bola de frontón, pronto rayaban en lo grosero y lo inusual, así me preguntó: ¿Qué seguía haciendo en un pueblucho, cuando podía explotar mi cerebro y mis capacidades en otras partes? A sabiendas que nadie había sabido nada de él. Un verdadero cínico. Él no lo entendía, mi vida era fructífera si la tapizaba con tranquilidad, cada paso debe ser calculado con paciencia. El caso es que no pude evitar preguntarle con cierta agresividad por qué rayos nadie había sabido de él en más de un año. Su respuesta fue sorprendentemente directa: tráfico de dro-

gas. Un día de regreso del punto “x” al punto “y”, un derrapón en su moto lo hizo caer, y en un abrir y cerrar de ojos, efecto de la instantánea inconsciencia, despertó con la Guardia Nacional en un lado y con una visa al infierno en otro. Fue impresionante su transición, de una prisión a tres anexos en un lapso de un año y dos meses, su voluntad y su orgullo blindados, como siempre, lo hacían derramar la guerra sobre sus muelas hasta sus pies, algo sobrehumano, de miedo total, aunque eso es parte de otro cuento.

Mi sorpresa fue incrementando, la noche seguía su camino, y mi amigo, aún adicto a la metanfetamina barata, sacó su bola de cristal con su adictivo veneno, comenzó a fumar en mi cara sin haber tenido la cautela de haber prestado atención de todo lo que pasó el tiempo de su desaparición, y todo gracias a su maldita adicción. No tuve paciencia, y de un

brinco le dije: “¿Acaso crees que alguien podría amar a un monstruo como tú? ¿Por qué te sigues haciendo pedazos? ¿Por qué sigo siendo tu amigo? Deberíamos irnos, llamar al anexo y refundirte el tiempo que sea necesario”.

Mi camarada rio con una tétrica agudeza, dijo que el amor no existía, y que si podíamos decir que éste en verdad respiraba y se movía, estaba hecho de un fresco y dulce dolor, como su adicción. Fue interesante escucharlo, en su análisis decía que cada una de las mujeres con las que se había acostado, ahora eran novias de sus amigos drogadictos. Así hacía sus clientes, formaba parejas de adictos, que al siguiente día, después de una buena dosificación, sin saberlo, con la necesidad de la siguiente dosis, llegaban con las pertenencias de sus parejas: camisas, blusas, chanclas, pantalones de mezclilla, relojes, incluso sexo oral o una noche con sus parejas por tan solo cien o cincuenta pesos por unos gramos de droga. Una cosa siniestra. Una telaraña que él tejía sin remordimiento alguno para seguir ganándose la vida.

Con esta anécdota corto hilo, amarro el ojal, y sumerjo la aguja de la reflexión, porque pareciera que en los ideales de las concepciones sobre lo siniestro, los puntos de vista especializados o tal vez institucionales, darían por hecho que se trata de un tópico que se finca en la morbosidad, en la insistencia de la perpetración de una especie de germen violento que acosa a la sociedad con sus colmillos y sus garras, disfrazado de un bandido con el tatuaje de *Billy The Kid* en el hombro, o de una pandilla dedicada a la violación de cualquiera de los derechos humanos como una especie de hobby o colección engendrada espontáneamente por el mal, un mal que habita naturalmente entre nosotros, los anima-

les y las plantas desde tiempos remotos. Pero, ¿De dónde viene tal perversidad? ¿Hobbes tenía razón? ¿El hombre es un lobo para el hombre? ¿La maldad y lo siniestro son tan naturales como el amor?

Para algunos psicoanalistas la respuesta está escondida dentro de nosotros. En el inconsciente; esa especie de silenciosa y heterogénea voz mental cargada de símbolos. Ahí, en esa íntima soledad donde se manifiesta parte de nosotros con base en pensamientos, ticks, muletillas, o gestos que no percibimos; aquella que, a través del proceso inconsciente de la asimilación de vivencias o experiencias vitales del individuo, se encarga de formar y manifestar el carácter de las personas, a tal grado que, con el paso del tiempo, termina por esculpir eso que llamamos personalidad. No soy psicoanalista, pero creo entender lo que dicen los estudiosos de la escuela de la sospecha freudiana al tratar de inferir que el origen de un carácter siniestro, antes de analizar fobias, filias, y cualquier clase de expresión sifilítica (obsesión, depresión, histeria, o la misma perversión en sus múltiples grados) es producto de un trato siniestro, poco amable, de una enseñanza agresiva, persuasiva, poco empática, destructiva, cuyo origen reposa en la crianza, momento vital de nuestra infancia.

La película de la *Masacre de Texas* o la vida del mismo Joseph Stalin me lo dejó claro: la primera, basada en los actos de canibalismo y tortura de una familia que residía en la extensión de territorio más grande de Estados Unidos, caso verídico, registrado en el departamento de policía de dicho sitio; y el segundo, hijo de un zapatero alcohólico que terminó por criar a golpes y maldiciones al protagonista de las masacres mundiales más

grandes de la historia. Creo que para muchos, sino es que la mayoría, la palabra “siniestro o siniestra” englobaría cualquier personificación de la maldad imbuida en los genes humanos, si tomamos estas consideraciones por ahora como efecto de esta pesquisa. Entonces, ¿El amor es el juego más siniestro por primacía? ¿Juego que ganan las mentes más siniestras en la búsqueda de su complemento?

La rama psicoanalítica en el estudio de los incontables arquetipos humanos nos daría una respuesta objetiva y concreta de acuerdo con la relación de los amantes que se solicitan gracias a los compatibles huecos en sus corazones, pero ¿qué podemos decir para estar satisfechos de esta relación tóxica entre dos conceptos aparentemente en extremos distintos en la escala de valores? ¿En efecto, persiste un lado siniestro en el amor como el instinto materno en las especies animales?

No olvidemos que polos opuestos se atraen, hablando desde el apartado de la rama de la ciencia, de igual forma las relaciones entre los seres humanos son de los fenómenos existenciales con mayor índice de misterio en el espiral del tiempo. A pesar de lo dicho, el enigma, como en la caja de Schrödinger, es saber si el estado del amor, como el gato, es algo que está vivo como las mariposas que sentimos en el estómago al enamorarnos, o está más muerto y envenenado que el nepente que corre en el Hades gracias al gas de la perversidad.

Es cierto que las líneas tangentes que ahora han cubierto al dogma de rojo corazón se han visto atravesadas por tiempos difíciles, porque, para muchos hombres en medio oriente, especialmente en Palestina o Israel, el amor sería necesariamente la perseverancia de vivir hasta

el último instante, esto sin dejar de proteger a su familia, enseñando a sus hijos a usar un arma de alto calibre. En África, por ejemplo, pensemos en el amor que inculcan los hombres residentes que aman y alimentan a su familia vendiendo especies animales, o mismos niños abandonados a compañías de tratas de blancas que comercian directamente con pedófilos millonarios para poder comer. Incluso, no nos vayamos tan lejos, hombres enamorados en México que por el amor que tienen a sus familias o a ciertas mujeres, para demostrar que pueden vivir un instante, se enlistan en la larga fila de sicarios que lavan con sangre y dinero sucio su manera de comprender la vida bajo la política de la “calle”.

Irónicamente, estoy siendo muy extremista, pero el paradigma que se abre entre el amor y su amante siniestro es un punto que está en el aire y la naturaleza como el CHONS (carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno) en los organismos, como nosotros. En este momento podríamos pensar que todo se resumiría en un “vive y deja vivir”, “no tengo vela en ese entierro”, “cada quien para su cada cual”, etc, y una vez más negaríamos mirar dentro de los corazones contemporáneos el gran horizonte corruptible que se abre gracias a un relativismo que tarde o temprano cobra las cuentas de una siniestra Secretaría de Hacienda que vive de nuestro olvido, de nuestra falsa condescendencia, poca responsabilidad y nuestro siniestro individualismo.

Con lo anterior no quisiera sonar como la señora regañona que te dice separe y tires la basura en el contenedor o que limpie lo que tu perro defeca en la banqueta. Con lo siguiente quiero que miremos al cielo y veamos cómo la nave nodriza del amor despegó con sus siniestros agentes dentro, y si nos llevó consigo para darle la

vuelta al mundo con la misión de buscar a nuestra media naranja, sólo sugeriría que no olvidemos que mirar dentro de nosotros y tal vez el otro, nos haría tomar en cuenta una variable más en esta ecuación existencial que abre paso a la relación paradigmática entre el amor y lo siniestro. Siempre se puede hacer algo para cambiar el resultado que surge después de amar a la persona equivocada, persona que intercambiaría vicios por latidos, al menos eso creo.

Por lo pronto para acabar con la historia con la que comencé la narración, después de otros tragos, mi amigo de la infancia terminó por llorar por la que se iba a casar con él, porque si no lo mencioné, estaba comprometido el cabrón, y digo iba, porque me confesó que lo estaba engañando y le dolía al pobre cínico, que a pesar de que él también la engañaba, era muy diferente para el machito. El caso es que la sustancia que había consumido lo hizo sacar lo peor de sí, marcó a la chica, no le contestó, frenético pidió un taxi y me dijo que si no se comunicaba en una semana conmigo, era porque no estuvo dispuesto a perdonarla y dio el siguiente movimiento marcado por un gatillo ansioso de soltar dos balas, una en el pecho de su Iztaccíhuatl y otra en su cabeza de Popocatepetl.

Naturalmente lo deje ir. Mi amigo, perdido en las drogas, exponente de quien sabe cuántos jóvenes desesperados, impulsivos, enfermos y ansiosos en el país, era un monstruo más que reptaba en el mundo. Yo lo miré salir agresivo y, desanimado, terminé por irme a dormir. A la mañana siguiente mi antihéroe me llamó, me dijo que no pudo hacer nada, que después de tres tiros en el aire, lloró en la puerta de su amada, que íntegra e indignada lo dejó pasar. Hicieron el amor, y al término de su encuentro sexual le confesó que no quería nada con él, su

efectividad en la cama era lo único que la hacía sentir atada a su despreciable ser. Mi camarada insistió, se arrastró y dijo que iba a cambiar, ella no prometió nada, ya estaba con otro hombre, más determinado, aunque más alcohólico, más político, más poderoso, bueno, más macho de traje y corbata. El hombre siguió hasta conseguir un turbio sí, y con una siniestra risa, me dijo que eso no se quedaría así.

Y bien, Shakespeare diría que el amor es una tragedia con sus ciertos niveles de perversión y maneras de concebir la siniestra maldad en nuestros corazones, riesgo que debemos estar dispuestos a afrontar si nos sentimos listos, y que de acuerdo con ello el mundo girará hasta convertirse en la bestia que fue destinada a ser. Y yo diría que espero no haber recibido tantas nalgadas de pequeño, porque si no, estaría perdido, y obligado a que mi siguiente novia vistiera siempre con *jeans* y un cinturón cada vez más grueso.



Título-Romeo and Juliet
Autor-Frank Dicksee
Año-1884

El velo azucarado

ILSE BASURTO

El amor se cierne sobre nosotros como un velo, adornado con flores, mariposas y azúcar multicolor, pero, al fin y al cabo, no deja de ser un manto que nos impide la visión clara, que le da a todo un toque específico: el de la idealización. Bajo esta visión del mundo, se pueden dar las situaciones más adorables o las más siniestras. De inicio, al conocer a alguien, todo parece miel sobre hojuelas, creemos que la persona amada es el “príncipe encantador o la princesa de ensueño”, que ha sido creado solo para nosotros. Con este sesgo enaltecemos hasta el más mínimo gesto que se acerque a nuestro ideal romántico y comenzamos a hacer a un lado las imperfecciones que, de haber visto a tiempo, podrían, salvarnos de la catástrofe. ¿Cuántas veces no hemos dicho estas frases? “Es tierno, quiere protegerme de todo, por eso pasa por mí siempre”, “se pone celosa de mis amigas porque me ama”, “me dice qué ropa me queda mal porque desea que siempre me vea guapa para él”.

Lo que no notamos es que, tras estos engañosos gestos de amor, que tan fervientemente nos instruyeron a buscar y tolerar, se encuentran amenazas escondidas, advertencias de un futuro angustiante. Usualmente no nos enseñan que cuando cedemos a algo pequeño, fácilmente vendrá la renuncia a más cosas. Renuncia que en algún momento se vuelve muestra de amor, obligación o incluso autocastigo. Porque claro, si ya permitimos algo terrible, parece que no tenemos derecho a negar que se repita por habernos puesto en esa situación. Es así como el príncipe encantador o la princesa de ensueño se transforman. Su lado oscuro gana terreno poco a poco. Como si prohibir usar una falda implicará solo quitarse la corona, un gesto que consideramos adorable, pero después se convierte en entregar todo el tiempo libre, renunciar a los pasatiempos, a los amigos y familia, aislarse dentro del mundo controlado por aquel príncipe,

en donde se desenmascara y nos muestra el aterrador villano que realmente es.

En algún punto ese control asfixiará lo bueno, se volverán gritos, golpes, abusos. Un día despertaremos y la angustia será insoportable, con el miedo siempre recargado sobre nuestro hombro. En algún momento no podremos hacernos de la vista gorda ante la verdad innegable: jamás existió el príncipe ni la princesa. Miraremos hacia arriba para encontrarnos con el velo antes multicolor, ahora ennegrecido, como azúcar quemado. Es aquí cuando comenzará el verdadero terror: ser consciente de una situación de la cual no sabemos si es posible salir, de la que tal vez parezca no haber otros caminos.

Caer en la trampa del amor idealizado es caer en la trampa del para siempre. Afortunadamente es solo un sortilegio. Tal como se cae la fachada del príncipe, también se puede caer la de la eternidad, así como nos fueron arrebatados poco a poco la ropa, los amigos, la tranquilidad. De la misma manera, debemos recuperar las fuerzas, poco a poco, ganando pequeñas batallas contra el abusador. Sobre todo, ganando la guerra definitiva, aquella contra la culpa, contra nuestra desconfianza y nuestra autopercepción; esa que nos permita tomar la decisión definitiva: nuestra libertad.

LOS NECR



OAMANTES

CARLOS MARTÍNEZ

“Porque hay que saber que no hay monstruo más terrible que un hada, porque su belleza rinde, encanta, subyuga y ata a otra realidad ...”

Ana María Morales

Fragmentos recuperados de diversas fuentes nos hablarán de la historia de Fidel, un arqueólogo:

Crónica: “En el Jardín del Edén” por Navette Tamayo, publicado en la revista: *La lengua de fuego*, en mayo de 2016 parte 1:

Oculto entre las montañas existe un valle sombrío con olor a muerte. Si alguna vez Rulfo describió Luvina como el lugar en donde anida la tristeza, “El Muladar”, como le dicen los judiciales a este lago prehistórico erosionado por el tiempo y convertido en necrópolis por la violencia, sería, en ese sentido, una suntuosa casa de campo para la ausencia. Un jardín de mandrágoras humanas, donde los desplazados jornaleros ya no cultivan, sino buscan. Desentierran aquello que el crimen organizado sembró durante decenas de años. “Levanta Muertos”, les dicen. Diametralmente lo opuesto a mercenarios, los levantamuertos son personal a sueldo contratado por las víctimas de una guerra normalizada y sin cuartel, para encontrar los restos de sus familiares desaparecidos.

Las faldas de la gran madre reciben la temporada de huracanes: lluvias lavan y deslavan la tierra. Capas de despojos humanos se reacomodan. Los levantamuertos aprovechan el reblandecimiento de la tierra para exhumar a los hijos de la ausencia, descubriendo así la violenta geología del lugar. Fue en días como este cuando Fidel conoció a Lilith.

Fidel fue un niño que jugaba con dinosaurios, en la adolescencia se apasionó con la Segunda Guerra Mundial, sus crímenes y fosas; su siempre insaciable inquietud por la muerte después de la muerte. Estudió arqueología, pero hasta los veintidós años entendió que su trabajo tenía poco glamur: un levantamuertos en las faldas de “la gran madre”, nombre con el que bautizó las formaciones de la serranía el artista-vulcanólogo: Alejandro Murillo, mejor conocido como Dr. Poporo, quien vio la silueta de una mujer embarazada tendida boca arriba en las formaciones rocosas.

Luego de una intensa lluvia, Fidel, varillas en mano, decidió escudriñar la zona del muladar más pegada a la montaña. Picando la tierra fue como descubrió un cuerpo de mujer casi en perfecto estado, con el único detalle de encontrarse decapitado con precisión quirúrgica.

Las primeras en aparecer fueron sus manos. Fidel sus varillas se toparon algo no muy profundo, por más extraño que parezca, al retirar una de estas del suelo fangoso, encontró asida la mano izquierda de Lilith al extremo del metal. Dedos delgados finos que conducían a un brazo de iguales características. Fidel lo tomó, jaló hacia él, de la tierra brotó una forma exuberante de piel apiñonada pero ceniza. Su palidez indicaba que la sangre había abandonado ese cuerpo hace mucho tiempo.

Fragmento de entrevista recuperado del *Semanario de lo insólito*, octubre de 2017, bajo el título: “Se enamora de una muerta: *Los Necroamantes*”:

Entrevistamos a dos de los levantamueitos del “muladar” acerca del tan sonado caso en la región. Han sido prácticamente las mismas personas en los últimos cinco años. Sólo uno de ellos dejó el grupo: José Castillo, alias “el Pepe”, quien no concede entrevistas y prefiere no hablar más del asunto.

SE LO CHUPÓ LA BRUJA

Su nombre de levantamueitos era Fidel, aunque ahora todos le dicen Adán, por la crónica publicada el año pasado. Según estos caballeros, fue víctima de una entidad paranormal, una bruja:

—Díganos, Don Lupe, ¿cómo describiría usted a Lilith?

—Lilith es lo más raro que nos ha pasado en la vida. Lo que encontró Fidel no era para nada un cadáver, ni mucho menos el cuerpo de una muchacha. En mi pueblo les dicen *tlahuelpuchis*, brujas que se desprenden de sus cuerpos y sus cabezas voladoras asustan a la gente. —Dice Don Lupe, de cincuenta y cuatro años, levantamueitos y exjornalero.

—Pero eso no lo sabíamos cuando la trajo aquí, parecía un trabajo como cualquier otro, excepto que sí vimos muy raro al Fidel. Estar aquí no es sano para nadie, siempre hay algo que te impacta ... por eso ponemos música —concluye Pedro Chávez Medina, mejor conocido como “el Chayanne”, otro desenterrador.

Testimonio de José Castillo, transcripción del Ministerio Público del 26 de junio de 2014:

Otra de las curiosidades de la chica es que no presentaba signos de violencia característicos de los cárteles ni de las autodefensas. Su cuerpo desnudo no estaba impregnado de olor a combustible como suelen estarlo debido a la costumbre de incinerar los restos a fin de volver imposible su identificación. Ni siquiera tenía quemaduras. Sólo unas escarificaciones hechas en

los muslos, en la espalda, hombros y antebrazos, que referían más a una práctica ritual que a un tormento.

Todo está en la bitácora del Fidel, léalo si usted gusta, incluso viene lo de la noche en cuestión. Esa noche montábamos guardia Fidel y yo, pero por más que lo intenté convencer, no quiso dejarme a mí solo e irse a casa.

Fragmentos de la bitácora de Fidel presentada por José Castillo en su declaración frente al MP 1:

La envolví y la llevé a la estación para que fuera revisada por el forense y así pasara a identificación.

Juró ver cómo se movía luego de colocarla en la plancha.

No sé si por efecto de la luz, pero me pareció ver cómo se alteraban los pliegues de la bolsa que la cubre.z

Aunque me lo ofreció varias veces no quise dejar solo al Pepe con esa mujer.

Ya entrada la noche, me despertaron unos ruidos en la bodega y fui a revisar. La lluvia arreciaba y se había vuelto a formar una gotera, me decidí a repararlo cuando lo noté:

Como lo presentía, un costado de la bolsa que cubría a la chica estaba roto y uno de sus pies se asomaba por el orificio.

Ya encaminado, también opté por cambiar el envoltorio de la pobre. Me incliné sobre ella y cogí el borde del plástico ...

Permanecí largo tiempo absorto, contemplando, y cuanto más miraba, menos podía creer que la vida hubiera abandonado para siempre aquel hermoso cuerpo, tan joven para morir.

En ese momento, mi cerebro no podía dar crédito a lo que estaba ocurriendo: la muerta rodeó mi cuello en un abrazo de tal ternura que me fue imposible resistir.

Crónica: “En el Jardín del Edén” por Navette Tamayo, publicado en la revista: La lengua de fuego, en mayo de 2016, parte 2:

Amaneció nublado y una capa de neblina se arrastraba montaña abajo, como si el peso de la lluvia hubiese obligado a las nubes a descender la noche anterior para derramar sus excesos de agua. Pepe bajó de su camastro,

llamó en tres ocasiones a Fidel y, al no obtener respuesta, se encaminó a su encuentro.

Sin importar que fuera uno de los más experimentados, Pepe no estaba preparado para lo que se encontró al llegar a la bodega.

Fragmento de entrevista recuperado del *Semanario de lo insólito*, octubre de 2017, bajo el título: “*Se enamora de una muerta: Los Necroamantes*” ,parte 2:

—El Pepe nos llamó a eso de las siete y media de la mañana, nos pidió venir de inmediato para acá, como si nunca hubiera oído hablar de gente que fuera capaz de chingarse a un muerto—, dijo “el Chayanne”.

—No podíamos dejar que algo así se supiera, nos costaría nuestro trabajo y la credibilidad del proyecto se vendría abajo, ¿en quién más iban a confiar esas pobres señoras, si nosotros también les fallábamos? ¿Ahora quién velaría por los restos de sus hijitas? — cuenta Don Lupe y hace una pausa.

—Por eso decidimos volver a enterrar a la muchacha y destituir de todas sus funciones al Fidel, que desde ese momento no dejó de hablar pura tontería —, agrega Don Lupe.

—“¡Pobrecita de ti, condenada a morir sin amor!”,decía el pinche degenerado ese—, dijo riéndose Chayanne.

Fragmentos de la bitácora de Fidel 2:

Un cadáver, es un cadáver.

Ya no piensa, ni se mueve, ni siente. Está tan inanimada como la tierra que la cubría. Sin embargo ...

¿Por qué la siento temblar en mis brazos cuando la cargo?

Testimonio de José Castillo, transcripción del Ministerio Público del 26 de junio de 2014 Parte 2:

¿Cómo fue que murió Fidel?

Fue algo muy raro.

Don Lupe habló conmigo sobre el estado mental de Fidel, me dijo que tuviera mucho cuidado porque había dejado de ser quien era, había dejado de ser mi amigo.

Al principio, cuando se llevaron el cuerpo de la muchacha, Fidel gritaba y tuve que sujetarlo, pero se calmó, o eso creí yo. Su ira se desvaneció en convulsiones mudas cargadas de violencia, ora pataleando, ora cabeceando. Cuál fue mi sorpresa al darme cuenta que su silencio era causado por un

bloqueo en su quijada. Contracciones musculares que se llevaban su rostro y dejaban tan sólo una risa sardónica.

Fidel lloraba, sus ojos lo decían todo por él, sufría.

Parecía que su cuerpo, en un acto de rebeldía, dejó de responderle y se puso en su contra.

“¡Ayuda, no sé qué me pasa!”, fue lo último que pudo decir claramente.

Podía ver cómo se contraían todos los músculos de su cuerpo en movimientos rítmicos y asfixiantes, seguidos de una rigidez como si estuviera pasando por sus manos una corriente directa. Lo más horrible de todo fue mirar su garganta estrangularse a sí misma.

Sabía de bacterias y neurotoxinas que atacan al sistema nervioso central, como el caso del tétanos, pero nada tan rápido ni tan violento.

Crónica: “En el Jardín del Edén” por Navette Tamayo, publicado en la revista: *La lengua de fuego*, en mayo de 2016, parte 3:

Víctima de una mano invisible que apretó su cuello hasta el último aliento, el levantamuertos de treinta y dos años conocido como Fidel, dejó de existir a las dieciséis horas del martes 24 de junio del 2014.

José Castillo, pasante de enfermería de veintiséis años, aún incrédulo de cuanto estaba pasando, sufría la muerte de su amigo, mientras, al otro lado del valle Chavez Medina y Don Lupe regaban con gasolina el cuerpo de la misteriosa joven.

Testimonio de Pedro Chávez, transcripción del Ministerio Público del 27 de junio de 2014:

— La neta, pobre vato, murió de una sobredosis de sepa qué chingados. De menos no dejó familia, sólo nos dejó un pedote.

Testimonio de Don Lupe, transcripción del Ministerio Público del 28 de junio de 2014:

— Sé por mi propia experiencia, que cuando te acercas bastante a los carteles, estos no descansan hasta no haberte borrado completamente del mapa luego de servirles. Así le pasó a mi hijo, y por más que sigo buscando no lo he podido encontrar.

Fragmento de entrevista recuperado del *Semanario de lo insólito*, octubre de 2017, bajo el título: “Se enamora de una muerta: Los Necroamantes”, parte 3:

—Don Lupe me dijo que era mejor incinerar el cadáver, que los forenses se darían cuenta tarde o temprano de las cochinadas del Fidel, pero luego luego que se prendió esa madre, se paró y salió corriendo derecho al bosque,

una bandada de tordos pasó por encima de nuestras cabezas y claritito vimos como una columna de humo alzó a lo lejos—. Cuenta *Chayanne*.

Testimonio de José Castillo, transcripción del Ministerio Público del 26 de junio de 2014, parte 3:

—Recibí una llamada de Pedro pidiéndome ayuda para apagar el incendio, tomé la camioneta y fui por gente al otro lado del muladar.

No me extrañó nada que alguien hubiera robado el cuerpo de Fidel. Era un muchacho muy listo y eso incomodaba a cualquiera.

Crónica: “En el Jardín del Edén” por Navette Tamayo, publicado en la revista: *La lengua de fuego*, en mayo de 2016, parte 4:

Ocho horas después, y gracias a la humedad de la lluvia del día anterior, lugareños y levantamueitos lograron sofocar el fuego sin mayor consecuencia como se presumía. Ya de noche, de vuelta a la estación, los tres levantamueitos tendrían su última cita con lo desconocido.

Fuegos fatuos se conglomeraban alrededor de la choza con techo de lámina. Una bola de fuego azul con rostro de mujer, flotaba acompañada por el cuerpo reanimado de Fidel.

Atónitos y horrorizados, escucharon una voz procedente de aquel rostro en llamas que hablaba sin mover los labios:

— ¡Ingenuos nigromantes, creen convivir con la muerte y haber desvelado sus secretos, sin embargo, su corazón se retuerce ante la presencia de aquella capaz de hilar el destino!

Acto seguido las manos de Fidel tomaron aquel rostro espectral por las mejillas para besarlo. Fuego y carne se fundieron en una muestra de pasión iridiscente, consumando así la unión de los amantes, que, luego de brillar como un lucero, se perdieron en la oscuridad de la noche para finalmente volverse polvo.

Fragmento de entrevista recuperado del *Semanario de lo insólito*, octubre de 2017, bajo el título: “Se enamora de una muerta: Los Necroamantes”, parte 4:

—*Y así fue como de verdad sucedió, pero nunca lo pudimos contar como se debe porque nos hubieran tirado de a locos—*. Concluye Don Lupe.

LATIDOS

LORD CRAWEN

Un abrupto sonido emergió de la cápsula donde resguardaba el corazón. Agotada y con todos los recursos puestos únicamente para poder lograr un primer latido, Lena descendió velozmente hasta su sótano después de que, entre sueños, y los aparatos en toda su casa, le dieran el veredicto del primer latido.

El pulso no mentía, el equipo de medición tampoco. Lo había conseguido. Sostuvo fuertemente con ambas manos la cápsula de cristal. Sonrió. Entonces, llegó el segundo latido. Un tercero. El cuarto. La maquinaria de la vida retomó en aquel instante el movimiento necesario para el bombeo de líquidos. Lena no cabía en felicidad al observar su trabajo convertido en realidad.

Puso en marcha el resto de la operación, no podía quedarse dormitando más de dos horas como de costumbre, este era el momento.

Solicitó a la computadora los registros de los residuos humanos, los cuales habían tenido ciertos parámetros vitales anteriormente sin necesidad del corazón. Los estertores del resto de los órganos, anclados aún a la pobre vida de un punto en el cerebro, al cual Lena dio un tratamiento específico para que no muriese, le dieron las esperanzas de continuar sus experimentos.

Ante tal descubrimiento, pensó en el reconocimiento de la ciencia, pero también el horror que le produciría a la gente saber que pudo reproducir el primer corazón a base de plásticos y una impresión en tercera dimensión por computadora. Los latidos seguían uno a uno retomando el camino para poner en marcha la maquinaria de la vida. Realizó las conexiones correspondientes con la ayuda de la computadora, así como con cada uno de los cálculos.

En pantalla, las pulsaciones aumentaban, al grado de llegar hasta las necesarias para albergar la vida. Lena introdujo una válvula a la cápsula del corazón para verter sangre que adquirió del banco médico únicamente para sus experimentos. El corazón la aceptó y de las válvulas salientes, el líquido vital manó de las mismas. Sus cálculos eran correctos, restaba el acto final.

Frente a sus ojos, el punto cerebral intacto y con vida, comenzó a emitir pulsos. De la computadora surgió un ruido extraño, como si fuese un grito virtual proveniente de otros mundos. Aquel ser no tenía voz propia, sólo tenía órganos compuestos y contruidos a través de herramientas, mas el cerebro era lo único que ella había rescatado.

“Yo morí. ¿Qué haces Lena? ¿Qué es todo esto? ¡No puedo ver!”

— ¿Creíste que con arrojarte del séptimo piso del edificio sería suficiente para dejarme sola, cariño? Reconstruí todo tu ser, mantuve vivo tu cerebro durante cinco años y aquí estás de vuelta. Pronto tendrás un cuerpo y volverás a mí.

“Estás enferma, Lena, déjame morir”.

— Estaremos juntos por siempre, me lo prometiste y no pienso dejarte ir. Ya tengo cargadas nuestras memorias cerebrales para ser emuladas por la eternidad en un programa de computadora.

“¡Estoy harto de la vida, de esta vida y de los fracasos! ¡Sólo déjame morir!”

— Estamos juntos en esto, cariño, pronto la gente sabrá que con mi experimento, los puedo rescatar de la muerte. Pero no puedo construirte un cuerpo de fibra y plástico, debo hallar cuerpos frescos...

Lena salió de la habitación, la computadora siguió emitiendo los gritos de aquel ser que alguna vez fue un hombre, sufriendo por no estar ni vivo ni muerto, sino en un latido constante de un corazón inmerso en una cápsula con sangre.

BELLEZA NATURAL

LEONORA ZEA

El despertador sonó y Javier aún sin abrir los ojos, empezó a sentir el mal humor recorrer su cuerpo.

—Ya párate, dormilón.

Más a fuerza que por gusto, Javier entreabrió los ojos. Jess, con una bata rosa lencera, lo esperaba al pie de la cama con una taza de café recién hecha.

—Nada como una buena taza de café para empezar el día—. dijo Javier mientras se sentaba tratando de ahuyentar el mal genio que lo acechaba. Lo último que quería era una nueva pelea con su esposa.

—Y yo sé que te va a gustar más—. Respondió Jess mientras colocaba la taza en el piso.

Sin duda alguna Jess se había levantado mucho más temprano, tiempo que había aprovechado para arreglar su cabello y ponerse un poco de maquillaje, tan solo el suficiente para verse linda, recién levantada en un intento de volver a ser atractiva para él.

Poco a poco, mientras movía sus CADERAS, piernas y brazos al ritmo de una canción imaginaria, se fue desabrochando la bata, hasta dejar ver sus curvas, sus formas sin pudor alguno. Javier, recargado sobre la cama, colocó sus brazos detrás de la nunca para disfrutar mejor de aquel espectáculo privado.

Jess subió a la cama y, a gatas, llegó hasta su amado.

Hicieron el amor, un amor forzado, un amor con miedo, con miedo de decir todo lo que las palabras y las miradas callan.

El trabajo con la sexóloga no estaba funcionando. Los tropiezos seguían. Al menos para él, la costumbre y la obligación seguían llenando las sábanas, aunque tenía que reconocer que Jess era quien hacía un mayor esfuerzo. Detalles que se habían olvidado bajo el armario, volvían a salir a la luz: la lencería nueva, las mañanas con el olor del café, el despertar temprano para verse como cualquier modelo matutina. Pero aún así, sentía todo el trabajo entre las piernas abiertas de su esposa. El pudor de Jess le sabía a obligación, una tarea más que hacer. Extrañaba la época de cortejo

y noviazgo, la época en donde no importaba el lugar ni la hora, la parta trasera de su coche, el baño de un bar, el piso de la sala.

Jess se quedó en la cama, revisando cosas en el celular mientras él se metía a bañar sin notar la falta de caricias o palabras enamoradas. Se despidieron con un beso acostumbrado y él desapareció tras la puerta de aquel pequeño departamento.

El día pasó. Ese era el verdadero problema y Javier lo sabía. La monotonía a la que indudablemente llegaban las cosas. En ese momento de hastío, mientras veía las manecillas del reloj moviéndose cual condena, trató de pensar en algo, un momento, un objeto, una persona, una nimiedad que no hubiera tenido ese fatídico destino.

Los juguetes en el baúl, un nuevo celular, amigos de la infancia, un restaurante, su gato, Jess. Nada. Todo, absolutamente todo se convertía en aburrimiento. Recordó a Jess, a una Jess más joven, más atrevida... a una Jess cuyas estrías tenían menos importancia que el perro del vecino, a una Jess que en medio de las cenas de trabajo se quitaba la tanga para guardarla en su bolsillo del saco...una Jess que pensó sería inmune a la cotidianidad que tanto odiaba y de la cual no sabía cómo escapar.

El trabajo terminó, tan sólo para cumplir la sentencia llamada matrimonio. Era día diez. Seguro Jess lo estaría esperando con una cena a la luz de las velas, el vestido rojo que escondería y la lencería “especial”. Después de intentar hablar de “los viejos tiempos”, de las cosas que gustaban y odiaban, el interrogatorio de Jess por saber de su día, lo llevaría a la cama, lo miraría fijamente por un par de minutos (tarea de la sexóloga), lo intentaría tocar de nuevas formas, pero siempre sería lo mismo y después, si él no lograba cumplir con lo esperado, el viejo reclamo de “luchar por la relación” aparecería antes de irse a dormir sin abrazarse, sin tocarse.

Respiró con frustración antes de meter la llave.

—Y aquí vamos de nuevo—. Murmuró para sí mismo. — Ya llegué, cariño.

El silencio que lo recibió fue una grata sorpresa para él, algo nuevo, inesperado y la emoción llegó a él como una bocanada de aire frío.

Se quedó inmóvil, sin palabras. Hizo un ademán de agarrar su celular, pero al tanteo no lo encontró. Con el escalofrío recorriendo su cuerpo, se dio cuenta de cuánto la amaba. Ella era simplemente perfecta.

Jess estaba más hermosa que nunca. Una belleza natural que nunca antes había tenido. A diferencia de lo que él aseguraba, Jess lo esperaba sentada en el sillón con aquella bata lencera que sólo utilizaba en las mañanas, como si lo hubiera esperado durante todo el día.

Se acercó para darle un beso en la frente. Un beso que a la distancia hubiera parecido de despedida, un beso cariñoso, fraternal, sin maldad, lujuria o deseos que se escaparan de su pantalón, pero tan sólo hizo falta el primer contacto de sus labios

sobre esa piel para que empezara a sentir la sangre en las venas, el corazón acelerado, las ganas olvidadas.

Sus labios buscaron la boca entreabierta, el cuello erguido y las piernas entreabiertas.

La tiró sobre el sillón. La bata, tomando parte del juego, se abrió casi sola, dejando al descubierto unos senos erguidos que imploraban ser tocados. La besó como nunca, tan apasionadamente que había logrado superar cualquier experiencia sexual que hubiese tenido. La deseaba incluso más, mucho más que aquella primera vez que ella se dejó tocar. “Una probadita”, había pedido él y ella había guiado su mano bajo el vestido, entre sus piernas, hasta sus bragas, un poco de movimiento y había empezado a sentir su sexo. Ella le retiró la mano dejándolo con ganas de poder tocar más, ahora sin la ropa, sin la tanga interponiéndose entre su clítoris y sus dedos.

Javier mordía, besaba, acariciaba su cuerpo como un loco desenfrenado, buscando poder abarcarla con todos sus sentidos, mientras ella dejaba hacer, sin imposiciones, sin vergüenza, sin normalidad. Ahora no le daba indicaciones, no le pedía que fuera más despacio ni rápido, tampoco era ella quien dictaba la posición. Ahí recostada sobre el sillón, él metió sus manos como aquella primera vez y entre besos y caricias, abrió sus piernas. Mordió sus muslos, besó su clítoris. Él no se preocupó por desvestirse. Tan sólo con los pantalones a media pierna, la penetró.

A pesar de la excitación que empezaba y terminaba con su miembro erecto, el cuerpo de ella se cerraba ante él, obstáculo que en vez de frenarlo lo excitó aún más, tener que esperar, tener que esforzarse para que aquella Jess, aquella nueva Jess lo aceptara una vez más entre sus piernas.

Javier metió un par de dedos mientras, desesperado, volvía a morder su cuello, sus senos, las cosas que a ella le erizaban la piel. Ahora no quería amarla, no quería hacerle el amor, sólo quería cogerla, hacerla suya cual animal salvaje y ella sin protestar, se dejaba hacer.

Toda ella era diferente. Incluso su interior se sentía más apretado, más rico. Los cuadros colgados en la pared se cayeron, el frío de la habitación desapareció, y él supo que en verdad la amaba.

Cuando terminó, ella seguía recostada, como esperando que él la volviera a poseer. Él se acomodó los pantalones. Y nuevamente besó su frente mientras entre lágrimas le susurraba cuánto la amaba. Le cerró la bata y después de un beso en los labios, agarró el teléfono.

—911, ¿cuál es su emergencia?

—Hola, sí, bueno, ¿operadora? Mi esposa no se mueve y...

—Señor, ¿me escucha? Por favor, no cuelgue...

Javier la volvió a sentar en el sillón, lloró sobre su cuerpo muerto mientras el sonido y las luces de las patrullas anunciaban su pronta llegada.

En medio de luces, fotografías y preguntas, Javier lo entendió. Lloraba junto al cuerpo de Jess porque, así como lo había encontrado, lo había perdido. Había lo-

grado escapar de aquella monotonía que tanto lo asfixiaba en el cuerpo inerte de Jess, entre sus piernas, entre sus pechos y su boca silenciosa, pero esa nueva aventura, esa emoción de sentirse vivo una vez más había terminado en un abrir y cerrar de ojos, se iría a la tumba junto con su amada Jess.

“¿Y ahora qué?”, pensaba Javier, perdido entre las luces de colores.

—¿Qué sigue después de la muerte? —Preguntó a nadie, o tal vez al oficial que tomaba su declaración.

—Que el Señor la tenga en su gloria—. Respondió el oficial sin emoción, con monotonía, una respuesta estudiada y ensayada.

—¿Después de la muerte qué? —Siguió lamentándose Javier mientras buscaba, deseaba, fantaseaba por una nueva emoción, una nueva excitación.

DOLORES

ANA CECILIA GUERRERO

De todos mis amores, Lore tuvo que ser el más intenso y sincero. Diez años después, y en los desastres solitarios más nocturnos, todavía me persiguen las siluetas de mi Lore en su encuentro con las mías. Ese día, ese siete de agosto (lo recuerdo perfectamente). Como incierto devoto de la filosofía moral del buen Nietzsche, me pasé por el arco de triunfo esa ley societal nunca escrita y solo dicha por hermanos y padres de familia, la moral, ese pinche árbol cuyas moras son saladas, y me solté al impulso advenedizo del deseo más excelso justamente, que se levantaba en medio de mis sueños más líquidos. Fue así que accedí a desafiar los límites de nuestro acuerdo, pensando que si el mismo Hegel, que vio en la relación de una hermana con su hermano — Antígona—, la superación de la historia y de sus límites, y aun así, fue perdonado, mi disculpa en caso de un descubrimiento estaría más que justificado.

Pero un poco de contexto.

Valeria, mi amada esposa, la mujer más amable y empática que haya pisado mi misma tierra, por entonces era solo mi novia, y acababa de aceptar una promoción en su trabajo, que venía acompañada de un gran salario mensual, una casa en Rosales, y un coche. Eso significaba una sola cosa: empezaríamos una vida nueva, lejos de este enredo de fracasos llamado Ciudad de México, en uno de los barrios finos de Bogotá donde podríamos formar una bonita, pero innecesaria “típica familia nuclear”. En realidad, no sabía dónde estaba aquella ciudad ecuatoriana. Si algo había aprendido era que, a veces, las ciudades y los pueblos son más similares entre sí que los genes y roles dentro de una familia. Por entonces, estaba convencido de que nada, ni siquiera la seguridad económica, podría devolverme esos años perdidos en la carrera de Letras. Aunque Valeria, linda y positiva como solo ella, me insistía:

—Allá nadie te conoce. Podrás empezar lo que quieras, amor.

No batallé ni opuse resistencia a tal promesa. De inmediato, (entiéndase, al día siguiente) renuncié a mi trabajo en la editorial Fuentes, vendí algunas cosas y me despedí de los pocos amigos que me quedaban (entre ellos Mario, el más Godín de los Godínez). Faltaban tres días para la mudanza cuando ocurrió. Valeria se iba a Guadalajara a cerrar un ciclo abierto antes de la partida; algo relacionado a un viejo amor o una vieja deuda. Así que me pidió de favor que entregara una caja con ropa, discos y películas a Lore, su prima o su hermana o su mejor amiga, realmente no importa, no me juzguen. Ellas habían peleado años atrás por un tema de celos (alguien le debía algo a la otra, y esa otra se había vengado, cosas de familia típicas). “Una verdadera pena” (intenté disimular la sonrisa). Era el destino. Supuse que esa caja guardaba todos los recuerdos y secretos de su historia en común. Acepté la misión sin hacer preguntas; no fuera a ser que, al momento de evocar esa noche de

pijamas o de borrachera, con la nostalgia, le entraran ganas de llevarle las cosas ella misma. Le pedí que me pasara el número de Lore, cosa que no era en lo absoluto necesaria, puesto que yo conocía a la perfección cada cambio de teléfono, dirección y amante. Esa misma noche le marqué, me dijo que su novio Iván, había salido de viaje y no regresaría ese fin. No pude dormir, pensando que después de ese encuentro, podría dejar para siempre ese espejo siniestro y empezar de cero. Allá nadie me conoce, allá nadie me conoce.

Valeria no es tonta, por supuesto. Ella es segura y empeñada en que nadie le vea la cara. Si hubiera tenido la más mínima sospecha de que Lore y yo manteníamos aquellas conversaciones subidas de tono, probablemente todo hubiera llegado a un desenlace melodramático, donde ella se casaría con alguien mejor, y yo terminaría en la total decadencia. Pero Lore y yo fuimos cuidadosos. Siempre mantuvimos el secreto de Estado con un estoicismo del que Zenón hubiera estado orgulloso, al grado que, cuando Valeria cargaba contra Lore, supe ponerme tenazmente del lado de Valeria, acechando como un gato o como un socialista de antaño, la oportunidad de culminar ese deseo vedado, tan tajante como un cáncer en los testículos.

Salí a toda velocidad. ¿Qué más daba si me pasaba algunos semáforos, o si me metía al carril del Metrobús? ¿O si atropellaba, incluso, a un pobre peatón de ciudad tan insignificante como una paloma? ¿Qué era ese momento de ofuscación y de sublime fantasía (pronto, muy pronto, satisfecha), comparado con una noche en el separo, unos años en el recluso o una vida en el infierno? Nada. Estaba desatado.

Cuando llegué a su edificio, llovía. Hacía frío y el cielo parecía una mancha monstruosa de tristeza o una procesión de sombras lúgubres y funestas. Volteé a todos lados en busca de algún rostro misterioso que pudiera estar acosando. No encontré ninguno. El guardia del edificio miró, sospechoso, la caja y marcó un número. Intuía la traición, la risa, el trueno; la derrota de Nietzsche, la condena de Hegel, la caída de la civilización a manos del instinto. Los ojos del guardia delataban su juicio, y, para no delatar mi crimen, revisé las pertenencias de la caja: la tetralogía de Wajdi Mouawad, un antifaz, unas alas, un vestido en rojo intenso que Valeria le había pedido para una fiesta de disfraces, un par de tacones, pantalones y una blusa escotada. Después de unos minutos eternos, me dejó pasar, me metí al elevador y vi mi rostro en el espejo, ¡por Dios, mi rostro! El elevador se detuvo y se apagaron las luces. Con miedo y desesperación pensé que, a los seres como yo, mundanos y mediocres, sin demasiadas complicaciones en la existencia y con deseos más bien mezquinos y hedonistas, los dioses nunca les conceden este tipo de anhelos; que quedaría encerrado por varios días con una caja de condones como prueba de mi maldita pulsión. ¡Que lo perdería todo por un capricho! Pero luego el elevador reanudó la marcha y seguí subiendo hasta el quinto piso, con la seguridad de que, al caminar por el largo pasillo de horribles alfombras amarillas y traspasar la puerta con el número 505, despertaría del sueño. A punto de tocar la puerta, dudé, y no toqué; sin embargo, la puerta se abrió sola para revelar esa imagen que estaba ahí, real como el dinosaurio de Monterroso, con sonrisa y cigarro, sin blusa, y con unos

pantalones de mezclilla que ya estaban abiertos, esperándome con un “llegaste rapidísimo”.

No perdimos tiempo, y lo agradecí. La caja, la razón de mi visita, cayó al suelo con un golpe seco, al tiempo que nos abalanzamos el uno sobre el otro. Eso era precisamente lo que me gustaba de ella: esa inmediatez, esa afirmación de la vida, y esa intensidad emocional. Tan pronto entramos a su cuarto, nos desnudamos y nos dejamos llevar por un deseo tan antaño como la primera reunión familiar de Valeria a la que asistí; un deseo reproducido en caricias, en risas, en los contactos simbólicos de nuestros labios en la colilla del mismo cigarro; una fantasía en solitario de ojos cerrados en la regadera y en algunos ejercicios de colapsos imaginarios en donde el rostro de Lore reemplazaba al de Valeria. No pensé para nada en Valeria ni en Bogotá ni en las batallas ludópatas que vendrían con mis dos hijos más adelante, Hugo y Lorena.

Afuera, el maldito calentamiento global destruía el mundo; adentro, en su departamento, el sosiego. Truenos y relámpagos caían mientras la tormenta prometía romper los récords de inundaciones y accidentes de esa ciudad caótica que pronto, muy pronto, estaría dejando para siempre. El escándalo de la caída del agua generó un ambiente opresor, pero misteriosamente calmo. El olor del incienso y la tela blanca sobre la cama, creaban una atmósfera espectral que daba la impresión de un sueño. Estábamos completamente solos. Por única vez abrí los ojos, un poco por miedo a que aquello no fuera real, y vi los de Lore, bien abiertos y perdidos en la pared donde solo había un espejo roto; gemía, gozando cada segundo de aquel encuentro que sabíamos, sería primero y último.

Cuando acabamos, deseé que la lluvia nunca terminara para quedarnos encerrados por siempre en ese pequeño espacio sin muebles, con manchas de humedad y con cadáveres de bichos muertos en la pared y el techo. Recorrí su cuarto con la mirada. Era exactamente lo que había esperado encontrar: un absoluto desmadre de ropa y libros tirados por todas partes, artículos extravagantes, bufandas de plumas colgadas, en fin. El cuarto de una actriz *amateur* frustrada, que ha tenido que resignarse a ser actriz de doblaje. Lore. Mi Lore.

Lore prendió un cigarro y entre los dos, lo fuimos consumiendo para sellar la tregua, como en esas reuniones con su madre y sus tíos, en las que terminábamos bailando los tres, Lore, Vale, y yo, sin que nadie en la reunión sospechara los oscuros anhelos que albergaba mi mente. Me percaté de que su cuerpo, réplica casi exacta del de Valeria, se amoldaba a la perfección al mío, como dos piezas de rompecabezas. ¿Por qué la deseaba más? ¿Qué tormentoso deseo me inclinaba a anhelar más a la terrible e inestable Dolores que a la segura y determinada Valeria? ¿Qué dolor, qué vehemencia psicótica y de denominación clínica, me hacía preferir la tempestad por encima de la calma? No dormimos. Pasamos varias horas platicando. Ya conocía todas sus historias por medio de Valeria, tan idéntica a ella en lo físico, pero tan diferente en el alma, así que no me sorprendió cuando Lore me pasó la factura de sus fiestas, romances y copas rotas (que doblaban, sin dificultad, la cifra que Valeria había sospechado).

Nos quedamos en silencio escuchando la lluvia, y me quedé dormido, un poco,

soñando que se declaraba, por seguridad, día de asueto, que era la peor tromba registrada en la historia y que, incluso, se cancelarían los vuelos, el de Valeria, por al menos tres días. Hasta que Lore me despertó con suaves caricias y nos metimos a bañar. Volvimos a hacer el amor dentro de la regadera, con una vehemencia que en mi vida he repetido. Hasta que no pude resistirlo, mi boca húmeda y salada doblegó los filtros de prudencia de mi mente. Entonces lo dije:

—Ojalá esta noche durara para siempre.

—Si no lo dices en serio, mejor ni lo digas Horacio —. Exclamó un tanto fría y luego volteó hacia su celular y lo tomó entre sus manos para responder mensajes, indiferente de la lluvia, de mis palabras, de la honda tristeza que sentía—. ¿Te sientes bien?

—Me hubiera gustado hacerlo antes o en otro lugar—. Tomé su cigarro entre mis dedos. Ella se recogió el pelo y puso música baja, que sonaba a lamento, a despedida, a súbito desenlace.

—¿Qué tiene de malo éste? —preguntó Lore sin voltear a verme, concentrada en su dedo que recorría la pantalla del teléfono. Yo no había visto el mío durante toda la noche.

—Nada de malo —le dije, nostálgicamente para romper el silencio que se había hecho en el cuarto, de súbito—. Solo me hubiera gustado que las cosas hubieran sido distintas.

—Las cosas pueden ser distintas. Solo tienes que pedirlo. ¿Te imaginas, Horacio...?— sus ojos lindos, tiernos, fulminantes. Luego se detuvo, meditando si debía continuar.

—¿De qué hablas? —le pregunté honestamente e intenté acariciarla, pero ella se movió de lado.

—De nada, de nada, ya sabes. Creí que vendrías por algo más.

—Ay Lore, sabes que no puedo, tú lo sabías y estuviste de acuerdo. Lo que pasaba esta noche se quedaba esta noche ¡y ya! No hay más.

—Está bien.

—Ven, dame un beso.

—Eres una mierda—ella se levantó sin pudor alguno en el mismo momento en que un trueno avisó con fuerza que se estaba cayendo, literalmente, el cielo—. Nunca he sido más que la otra parte, verdad. la pieza faltante de Valeria que tenías que conocer para llegar a ella completita.

—Sabes que eso no es cierto. Hay pasiones que no se pueden aceptar tan fácil—sentí que gritaba ante la insinuación a mi tremenda egolatría. ¿Cómo podía?

—Y, sin embargo, eres como los otros, que ven su oportunidad para tomar el premio y luego se van —exclamó Lore y, por primera vez en la noche, pude notar esas

ojeras condensadas y las sombras en sus mejillas—. Siempre soy o la hermana, o la amante o la loca de la capilla.

Lore ya estaba vestida. Yo hice lo propio.

—Ahí te equivocas, Lore, tú no eres una capilla en lo absoluto— exclamé, frustrado, ya levantado, mientras intentaba abrazarla—. Sabes lo que está en juego. Amo a Valeria, tu amas a Iván, eso no lo podemos cambiar.

—Iván no existe, es tan real como Bogotá o tu futuro—se agitó, encabronada, muy. Imaginé un drama cinematográfico, una tormenta, — Pero entiende, Horacio, si lo pides, si tan sólo dices las palabras... Si supieras cuánto tiempo imaginé este momento, cuántas cosas extrañas tuve que hacer para que sucedieran y ahora estás aquí. Todo es posible.

Ella empezó a insultarme. Puto, cobarde, poco hombre. No supe en qué momento ya estaba en el recibidor, poniéndome los zapatos cuando me percaté de una pequeña ofrenda en la sala que no había notado antes. Era un altar pequeño, parecido a los que se ponen en Día de Muertos, pero sin comida ni colores. Más bien éste era sencillo, con algunos pelos, uñas, una oración en hebreo y una foto que, a lo lejos, no se distinguía si era de Valeria o de Dolores.

—Solo dilo, di que lo quieres, di que quieres quedarte conmigo y sucederá.

—¿Qué? ¿Qué quieres que diga?

—Qué quieres que se caiga el avión, ya sabes...esas cosas pasan y las vidas cambian.

Con miedo y con muchas dudas, caminé hacia la puerta

—Dolores, no digas chingaderas.

—Di las palabras y sucederá — me dijo al oído, antes de morderme la oreja—. ¡Dilo y se hará realidad!

En alguien tenía que caber la decencia, así que empecé a luchar contra la fatalidad y a resistir sus embates. Fue difícil. Lo más difícil que he hecho en mi vida. ¡Cómo me costó separarme y ponerme la ropa! Lo demás ocurrió muy rápido. Fue como una escena de terror en la que he intentado no pensar. Dolores, mi Lore, empezó a gritar y a aventar las cosas de la caja hacia las paredes. Mi dolor, mi angustia, mi más profundo anhelo estallaba con una furia terrible y gitana que, estúpida y extrañamente, me excitaba y me hacía sentir vivo. Logré salir y caminar hasta el coche, deseando caer en un charco inmenso que me ahogara dentro. No sucedió. Cuando volví a ver a Valeria, le conté todo. Bueno, no todo, solo que había dejado la caja y que Lore mandaba saludos. No hemos vuelto a ver a Dolores después de aquello.

SOY TU CRUZ

ANDREI LECONA RODRÍGUEZ

Mi abuela era una mujer extremadamente católica, iba a misa todos los domingos, se casó a los diecisiete años y jamás se divorció, a pesar de las reiteradas infidelidades, borracheras y golpizas de mi abuelo. Siempre me decía que todos cargamos una cruz, casi siempre en la forma de una persona a la que estamos condenados. En cualquier caso, yo era muy pequeña y mis padres tenían que trabajar, así que, para mi desgracia, me dejaban mucho tiempo en casa de mi abuela. Nunca me gustó ir allí. La mayor parte del tiempo ella me hacía sentarme en el piso de su sala ante la agónica mirada del Cristo que tenía en su pared. Era el crucifijo más grande que había visto en toda mi vida y, supuestamente, era una reliquia que solamente el lado femenino de mi familia podía heredar. Estaba colgado de un clavo oxidado en una húmeda pared de yeso blanco. Todo el tiempo que mi abuela me mantenía sentada en el piso contemplando al dios agonizante, me aterraba que el viejo clavo diera de sí y que el pesado crucifijo cayera sobre mí. Imaginaba que, si no moría aplastada, moriría de horror cubierta por la sangre del hijo de Dios. Pero el viejo y oxidado clavo aguantó estoicamente, supongo que aquello era, literal y metafóricamente, su cruz.

Al abuelo no lo recuerdo, aunque dicen que sí lo conocí. Dicen que, como buen abuelo, el amor, la ternura y el respeto que parecía ser incapaz de expresar en su trato con mi abuela, inexplicablemente, lo tenía conmigo, su nieta. Los hombres son una cosa rara y horrible. Jamás me pude explicar cómo era capaz de golpear a mi abuela, y, al mismo tiempo, de amar a su nieta con tanta ternura. ¿Quién sabe? Tal vez el amor está hecho de algo mucho más oscuro de lo que imaginamos, tal vez el símbolo del amor no debería ser un bebé deforme con alas, sino un demonio con garras y colmillos. Me hubiera gustado preguntarle a mi abuelo cómo veía el amor, pero murió poco tiempo después. Los años pasaron volando, mi niñez se terminó demasiado pronto y, junto con ella, también terminaron las largas estancias en casa de la abuela.

Hace algún tiempo, mi abuela murió en su casa. Su muerte no me causó una gran impresión, porque realmente la vieja nunca se dio a querer. Mi familia me lo recriminó amargamente. No podían comprender cómo yo, de entre todas las personas, no parecía estar afectada por su partida. Yo, que pasé tanto tiempo de mi niñez en su casa con ella. Por un momento casi me sentí mal conmigo misma, hasta que recordé esas largas horas sentada en el piso frente al crucifijo. En su casa sí que estuve, pero no con ella. Más bien, la vi pasar horas enteras llorando en silencio mientras contemplaba a su redentor moribundo. Aunque, ahora que lo pienso, tal vez no lloraba por su dios, sino por mi abuelo. ¿Sería posible que lo extrañara incluso después de todo lo que la hizo pasar?

El año pasado mi madre pasó a visitarme un día sin avisar. La acompañaban dos

trabajadores que cargaban una pesada caja. No me dijo gran cosa, se veía que estaba sumamente molesta, sólo entró a mi casa seguida de los hombres que llevaban la caja y empezó a decir algo sobre la última voluntad de mi abuela. Antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, los hombres abrieron la caja y de ella sacaron el enorme crucifijo de mi abuela. No me valió ninguna protesta, mientras los trabajadores colgaban el crucifijo en la pared de mi sala, mi madre gritaba algo sobre honrar a los padres incondicionalmente y sobre cómo mi vida está vacía sin Dios. Se fueron tan rápido como llegaron y yo me quedé paralizada de miedo en mi propia casa.

Al principio quise tratar de quitarlo yo misma, pero al acercarme me sentía de nuevo como aquella niña sentada en el piso. El recuerdo del miedo infantil era avasallador, cada uno de mis intentos terminó en un incontrolable ataque de pánico. Decidí que llevaría una vida lo más normal posible hasta que encontrara las fuerzas necesarias para deshacerme de él. Con el paso de los días mi ansiedad bajó poco a poco e incluso pude soportar estar en la sala frente a la cruz. Estuve a punto de considerar que, después de todo, no podría ser tan malo conservar un objeto significativo para mi abuela.

Entonces, esa misma noche, llegó él. Digo “él”, aunque probablemente debería llamarlo “eso”, porque —si bien no es humano— cuando lo vi, percibí algo masculino, algo como una emoción o una energía violenta que se afirmaba a sí misma a través del dolor y el miedo. Eso fue, precisamente, lo que me despertó esta noche. No un ruido, sino una sensación. Me levanté en la madrugada con la boca completamente seca y un sabor amargo en la lengua. Caminé hacia la sala, pues de ahí provenía la energía pulsante que me llamaba. Avancé sin miedo hasta llegar frente a la cruz y por primera vez pude ver al agonizante dios de mi abuela a los ojos. Ya no me parecía una imagen temible, era como si toda el aura terrorífica que había despedido hasta entonces se hubiera disipado súbitamente.

De pronto, escuché un rasguño en el piso de madera detrás de mí. Volteé y lo vi. Estaba agazapado en un rincón oscuro, lo que me hizo pensar en una araña, de hecho, se movía como una, pero tenía la altura de un niño. No sé si podía verme o tan sólo percibirme, porque jamás pude identificar en él algo parecido a un ojo. Entonces comenzó a acercarse. Sus movimientos reflejaban al mismo tiempo agilidad, dolor, miedo y odio. Parecía como si todas las contradicciones más abominables se hubieran encarnado en un amasijo hecho de oscuridad, colmillos y garras. Creí que el corazón me estallaría dentro del pecho. Comprendí que el crucifijo había dejado de ser temible porque el ser que habitaba en él había salido de la reliquia para tomar una forma corpórea. Entonces escuché su “voz”, o lo que en semejante criatura podría considerarse una voz. Habló, no con palabras, sino con gritos, gestos y golpes. Repetía una y otra vez la misma frase: “Yo soy tu cruz”. Sus palabras se convirtieron en visiones y, de pronto, vi a todas las mujeres de mi familia que habían tenido aquel símbolo colgado en sus paredes.

También me vi a mí misma en el futuro, una anciana sola, llorando en silencio por horas. Vi a una joven mujer con la mitad de mi rostro, comprendí que era mi hija, sentada frente a la cruz. Detrás de ella, agazapado en un rincón, estaba él, acer-

cándose lentamente. Grité con todas mis fuerzas, la visión se interrumpió y volví a encontrarme frente a aquel ser. Algo se apoderó de mí en ese momento, una fuerza como venida de todas las generaciones que perecieron entre sus garras. Arranqué la cruz de la pared y comencé a golpearlo con ella. Ni siquiera me atrevo a intentar describir el ruido que hizo bajo los golpes. No me detuve hasta que dejó de chillar. No me detuve hasta que quedó hecho trizas.

TODOS LOS PÁJAROS CAEN AL SUELO

ESCORIA MEDINA

Hice todo lo que Dios nunca hizo por ti y eso que rezaste un chingo después que el viejo se murió. Sí, te quedaste sola, o eso le decías a todos, como para que sintieran pena por ti, pero yo me quedé, acuérdate de eso, yo me quedé.

Habríamos permanecido bien solas, con nuestra vejez de por medio. Habríamos estado bien, pero quisiste llenar el vacío de tu Dios mudo y de la ausencia que deja la muerte con lo que fuera porque nunca te bastó mi compañía.

Me acuerdo del primero que desató todo. Amaneció un día en el patio con el ala rota y de ahí los fuiste enjaulando a todos. Cuando menos me di cuenta, limpiaba la mierda de una enorme jaula con aves de todos los colores y tamaños. El lindo sonido de unas cuantas aves al amanecer, se volvió el chillido constante de una parvada hambrienta que te gustaba alimentar. Imaginabas que reunías a esas aves dándoles una familia, un hogar, sin pensar siquiera de dónde las habías arrebatado. Me hacías limpiar los cuerpecitos de las aves que morían atacadas por las otras porque tú no querías darte cuenta de lo prisioneros que éramos todos de ti. Nos enjaulaste a todos con tu falsa idea de tranquilidad. Por eso todos se fueron de esta casa, menos yo.

Las alimentabas desde afuera y ellos volaban haciendo un estruendo horrible. Sólo había paz de noche y cuando los primeros rayos de luz tocaban la jaula, empezaba el incesante graznido. Te sentabas a contemplarlas por la tarde y por la noche, yo las cubría para protegerlas del frío.

¡Qué ganas de dejarlas ir! Pero las amabas, con ese amor podrido que tienes para todos. Yo hice por esas aves lo que tú nunca hiciste por ellas. Lo que no hiciste por nadie. Por eso, cuando la edad te dejó tullida y cansada te entregué a ellas. Te deseaban con odio y en un acto, como única forma de amor que les enseñaste, hundieron sus piquitos en ti, hambrientas. Tapé la jaula, chillaron, toda la noche chillaron como no lo hicieron nunca. Al amanecer, todavía frenéticas y llenas de ti, las dejé ir.

LEONORA MONTEJANO: Bruja, hechicera, curandera de las palabras, las ideas y los sueños. Perseguida y buscada por hereje, por ir en contra de las reglas y las normas de la ciudad Mirtos, ciudad de frío y hierro.

ÁNGEL DIAZ: Ermitaño, viajero del mundo. Estudioso de aquellos libros escondidos o rechazados. Cazador de palabras y de malas ideas. Verdugo de atrapasueños y coleccionista de historias por contar.

LINE DAZA: Vengo de un divorcio fiero con las letras, lo que me llevó a buscar refugio en la diosa lunar para cazar ratas y erratas. Titivillus, mi archienemigo, anhela de todas maneras, colarse entre mi astigmatismo.

FLORENCIA FRAPP: Todos en el mundo somos grasas, no hago distinción de sexo y raza.

ESCORIA MEDINA: Procedente de una mente descompuesta. Mediocre intelectual, andrógino, Dios fante de logros pueriles, de creaciones aberrantes e inestables. Todo un fraude.

